

No nos hemos visto, no,
pero nos amamos ya;
solo para mí nació,
y como la busco yo,
Ella buscándome va.

Ella! tal vez se pasea
por África ú Oceanía!
me presente, me desea,
y mi imagen es su idea,
cual su imagen es la mía.

Bella mujer presentida,
santo ideal de mi amor,
¿dónde te encuentras, mi vida?
¿qué hogar, qué tierra, qué flor
siente tu huella querida?

Oh! que si yo lo supiera
iría pronto hácia tí,
pronto, pronto, aunque tuviera
que romper cualquier barrera
que se opusiese ante mí.

Tanta fuerza me daría
este amor de mis entrañas,
que por tí yo rompería
puertas de hierro, alma mía,
y murallas de montañas.

¡Ay de lo que á mis anhelos
se presentase contrario?
yo no escusara desvelos,
y si fuese necesario
escalaría los cielos.

Mas ay! que no sé, bien mio,
donde estás en realidad,
y he de quedarme sombrío,
muriéndose en el vacío
y en mi triste soledad.

J. M. F.

LA CODORNIZ

(TRADUCCIÓN DE IVAN TOURGUENEFF)

TENÍA yo unos diez años cuando me sucedió lo que voy á referir ahora.

Mi padre y yo vivíamos durante un verano en una alquería de la Rusia meridional.

Alrededor de nosotros y á muchas leguas de distancia se extendía un terreno de estepas. En las inmediaciones no había ni bosque ni río. Algunos barrancos poco profundos, cubiertos de maleza surcaban en ciertos sitios el terreno, á manera de verdosas serpientes que interrumpían la uniformidad de la estepa. El agua corría en

delgados hilos por el fondo de esas hondonadas. En algunos sitios, en lo más alto del terreno veíanse insignificantes manantiales de agua límpida, donde iban á parar varios senderos trazados por al frecuente tránsito; y á orillas del agua, sobre el terreno húmedo se entrecruzaban las huellas de las patas de los pájaros y de otros pequeños animales. Los seres irracionales, lo mismo que las personas tienen necesidad de agua límpida y pura.

Mi padre era un cazador apasionado. Tan pronto como sus tareas se lo permitían—si hacía buen tiempo—tomaba su escopeta, se colgaba el morral de caza, llamaba silbando á su antiguo perro *Tesoro*, y partía esperanzado de cazar muchas codornices y perdices,—despreciando las liebres, que según decía con aire despreciativo, sólo eran buenas, á lo sumo, para los aficionados á la montería.—Con las becadas que pasaban durante el otoño, esta era toda la caza que por allí había.

Pero las codornices y las perdices eran muy numerosas. Siguiendo la pendiente de los barrancos, encontrábanse á cada momento los hoyos de tierra seca donde solían acurrucarse las perdices.

El diligente perro paraba en seguida la pieza, movía la cola, mostraba en la piel de su frente algunos pliegues; y mi padre palidecía en tanto que levantaba con precaución el gatillo de la escopeta.

Solía llevarme algunas veces, con gran contentamiento mio, á esas partidas de caza. Metía yo los bajos de mis pantalones dentro de las botas, cruzábame el frasco á la espalda, y me imaginaba ser un cazador en toda regla. Sudaba copiosamente, la arena se me entraba por las botas; pero yo no experimentaba fatiga alguna, ni me quedaba nunca á la zaga de mi padre. Cada vez que se disparaba la escopeta y caía la pieza al suelo, yo brincaba y exhalaba gritos de alegría. ¡Sentíame inundado de felicidad! El pájaro herido se estremecía agitando las alas, ora sobre la hierba, ora en la boca del perro *Tesoro*; y yo veía encantado brotar su sangre sin experimentar el menor sentimiento de piedad.

¡Qué no habría dado por disparar yo mismo y matar, como mi padre, codornices y perdices! Pero el autor de mis días hábiame indicado que yo no tendría escopeta hasta que cumpliera los doce años, y que el arma sería de un solo tiro, no permitiéndoseme cazar con ella más que alondras. Estos pájaros abundaban mucho en los alrededores de nuestro cortijo; y durante los hermosos días de sol, se las veía volar por docenas en la clara atmósfera, donde subían, lanzando

gritos que tenían alguna semejanza con el sonido de las campanillas.

Contemplábalas yo como á un futuro botín que me pertenecía, y las apuntaba con un baston que llevaba á la espalda como si fuese una escopeta. Nada es tan fácil como darlas cuando se ciernen, agitando las alas, á cinco ó seis pies del suelo, antes de que se escondan bruscamente en la hierba.

Otras veces, á lo lejos, divisaba algunas abutardas entre los sembrados ó las verdes praderas...

—¡ Ah! —suspiraba, —nada me importaría morir con tal de matar uno de esos pájaros grandes!

Mostrábalos con el dedo á mi padre, y este me decía que la abutarda en un animal tan prudente, que no deja que el hombre se le acerque.

Una vez, sin embargo, el trató de aproximarse á una abutarda aislada, aprovechándose de que había sido herida y no había podido seguir á sus compañeras. Ordenó á *Tesoro* que le siguiera, y me encargó á mí que permaneciese quieto.

Cargó su escopeta con granalla, volvióse hácia *Tesoro* para decirle en voz baja y con tono imperativo: ¡atrás! ¡atrás se encorvó cuanto pudo y partió hácia la abutarda, no en línea recta, sino en dirección oblicua. *Tesoro* no se encorvó; pero había tomado una actitud sumamente extraña, marchando como si fuera patizambo y apretando extraordinariamente la cola. Yo no hice caso de la órden que había recibido, y seguí medio á rastras á mi padre y á *Tesoro*. Pero la abutarda no dejó que nos aproximáramos á trescientos pasos: primero echó á correr, y despues batió las alas y emprendió el vuelo. Mi padre disparó; despues la miró cuando se escapaba. *Tesoro* saltó hácia adelante y la contempló igualmente. Yo también la ví... ¡pero con el corazón lleno de pena! ¡Bien hubiera podido esperarse un rato más!.. ¡Y entonces, de seguro que la habría alcanzado el tiro!

Otra vez, salí á caza como mi padre. Era la víspera de San Pedro. En esta época del año las perdices son aún pequeñas. Mi padre no quería cazarlas, y huyendo de ellas penetró en un jaral que servía de límite á un campo de centeno, donde solían abundar las codornices. Como no era fácil segar la hierba del jaral, habían brotado y crecido allí multitud de plantas y flores silvestres, arvejas, tréboles, campánulas, miosotis, claveles sencillos... Cuando yo iba á dicho paraje con mi hermana, cogia grandes brazadas de flores; pero estando con mi padre, no me ocupaba de esas pequeñeces. Semejante operación me hubiera parecido indigna de un cazador.

De improviso, *Tesoro* se detuvo. Una codorniz levantó el vuelo rozando con su propio hocico. Pero el pájaro volaba de un modo extraño, cabeceando, volteando y abatiendo nuevamente el

vuelo como si hubiese estado herida de una ala. *Tesoro* corrió hácia ella, operación que jamás ejecutaba cuando el vuelo del pájaro era normal y ordinario.

Mi padre no podía disparar, temeroso de dañar con el plomo al perro. Este dió un salto brusco, y... *crac*, cogió la codorniz y la llevó á mi padre.

Yo me precipité hácia él.

—¿Qué pasa?—le pregunté.—¿Está herida?

—No;—respondió mi padre;—pero debe tener el nido con sus hijuelos cerca de aquí, y ha fingido estar herida...

—¿Y para qué ha hecho esto?

—Para alejar al perro del sitio en que están sus pequeñuelos. Despues se habría escapado con gran ligereza.. Pero, su ardid no le ha valido. Ha llegada su ficción demasiado léjos, y *Tesoro* se ha apoderado de ella.

—¿Es decir que no está herida? pregunté yo con insistencia.

—No; pero vivirá poco... *Tesoro* debe de haberle dado una dentellada.

Me aproximé para ver más de cerca la codorniz. Hallábase inmóvil en la palma de la mano de mi padre, con la cabeza colgando, y con su ojo negro mirando de lado. Un impulso de compasion me dominó súbitamente. Parecíame que el pobre pájaro me decía al mirarme: —«¿ Por qué he de morir yo? ¿ Por qué? ¿ Acaso no he cumplido con mi deber? Traté de salvar á mis pequeñuelos alejando al perro del nido, y esta acción causa mi muerte... ¡ Pobre de mí! ; Esto es injusto, sí, muy injusto!

—¡ Papá! —exclamé acariciando la cabeza del pájaro.—¿ No hay esperanza de que viva?

—Morirá en seguida—dijo mi padre.—Observa lo que está pasando. Dentro de un instante se contraerán sus patas, se estremecerá su cuerpo, y sus ojos quedarán cerrados para siempre.

Efectivamente sucedió lo que mi padre acababa de decirme.

Yo empecé á llorar.

—¿ Pero qué es lo que te dá, hijo mio?—exclamó mi padre soltando una carcajada.

—Me inspira lástima...—respondí.—Ha muerto por cumplir con su deber. ¡ Esto no es justo!

—Quiso emplear su astucia con nosotros, y *Tesoro* fué más ladino que ella.

—*Tesoro* es un malvado—pensaba yo... (y en aquel momento hasta me parecia que mi padre no era bueno). No hay astúcia en eso—proseguí.—Solamente le ha guiado el amor hácia sus hijuelos...

Mi padre quiso meter la codorniz en el morral; pero yo le pedí que me la diera. La coloqué entre mis manos, y la dí calor con mi aliento, esperando que reviviera ..

—Estas perdiendo el tiempo—dijo mi padre.

No lograrás que resucite. ¡Mira como le cuelga la cabeza!

Entonces la cogí por el pico, levantándole suavemente la cabeza, pero así que le solté volvió á caer inerte.

—¿Sigues teniendo compasion de ella?—preguntó mi padre.

—¿Y quien alimentará á sus hijos?—pregunté yo á la vez.

Mi padre me miró atentamente.

—No te inquietes por esto—me dijo.—El macho, el padre se cuidará de llevarles comida.—Pero... atiende; mira á *Tesoro* que se para de nuevo... ¡Si fuese el nido!... Sí, sí, el nido es, precisamente.

En efecto, entre los tallos de la hierba, á dos pasos del hocico de *Tesoro*, ví cuatro codornices pequeñas que se apretaban unas contra otras y agitaban el cuello muy levantado en el aire. Respiraban con tal rapidez, que no parecía sino que estaban temblando. Ya tenían pluma; solamente les faltaba el desarrollo de la cola.

—¡Papá! ¡papá!—clamé desahogado.—Llama á *Tesoro*... ¡Que no las mate!

Mi padre satisfizo mi deseo; y despues fué á sentarse á cierta distancia, junto á un matorral, con objeto de almorzar.

Pero yo permanecí junto al nido, renunciando á mi almuerzo. Saqué del bolsillo un pañuelo blanco y puse la codorniz en él...

—Mirad, mirad, pobres huérfanos,—dije;—¡esta es vuestra madre! ¡Se ha sacrificado por vosotras!

Los pequeñuelos seguían respirando rápidamente, con marcadas palpitations en todo el cuerpo.

Luego me acerqué á mi padre.

—¿Me regalas esta codorniz?—le dije.

—Si la quieres, bien; pero ¿qué vas á hacer con ella?

—Quiero enterrarla...

—¿Enterrarla?

—Sí; allá, junto al nido... Dame tu cuchillo para cavar la fosa.

—¿Crees que sus hijos irán á rezar sobre su tumba?—preguntó mi padre asombrado.

—No,—contesté,—pero quiero darle sepultura. Allí estará bien...al lado de su nido.

Mi padre alargóme el cuchillo sin añadir palabra; y yo me puse á abrir la diminuta fosa.

Despues besé á la codorniz en el pecho, la coloqué en el fondo del agujero, y le eché tierra encima.

Luego, con el mismo cuchillo, corté dos ramas, las quité la corteza, construí una cruz ligando los dos leños con una hierba filamentos, y la hiqué sobre su tumba.

Poco despues nos alejamos de aquel sitio... Pero yo volvía la cabeza á cada paso... La cruz era blanca, y se veía de lejos.

La noche siguiente, la pasé soñando.

Figurábame que estaba en el cielo...y de repente ví mi codorniz flotando en una nubecilla. Solamente que la codorniz que veía era blanca... completamente blanca, como la cruz de su tumba, y rodeaba su cabeza una pequeña aureola de oro, sin duda como recompensa, por lo que había sufrido en pro de sus hijos.

Cuatro ó cinco días despues volví con mi padre al mismo sitio. Reconocí el lugar de la tumba por la cruz que se amarilleaba un poco, pero que continuaba de pié, clavada en la tierra.

En cambio, el nido estaba desierto. Los hijos de la muerta lo habían abandonado.

Mi padre me aseguró que el macho se los había llevado á otra parte; y cuando este surgió de un matorral, á pocos pasos de allí, mi padre se abstuvo de disparar su escopeta...

Entonces pensé:

—¡No; mi padre no es malo!

¡Cosa singular! Desde aquel día cesó completamente mi pasión por la caza, y ni siquiera volví á acordarme de la escopeta que mi padre me había prometido.

Cierto que más tarde, siendo ya hombre, he cazado muchas veces,

Pero... ¡lo confieso! jamás he sido un cazador verdadero.

M. C.

NOTAS É IMPRESIONES

Ve siempre vestido sencillamente; no alimentes jamás la vanidad que cifra su complacencia en los caprichos de la moda y de la fortuna. El lujo es también perjudicial aunque en apariencia te dé buenos ratos.

No seas jamás orgulloso. ¿De qué ha de tener orgullo el hombre, tan pobre y tan desdichado como es? ni puede volar como el ave, ni sumergirse en el agua como el pez; ni es fuerte como la fiera, ni ágil como el insecto; es esclavo del temor; la naturaleza le amenaza con peligros constantes, le obliga á trabajar y le condena al yugo del pensamiento. ¿Que razon de ser tiene, pues, el orgullo del hombre?

Convéncete de que la muerte es el único término de los males.

NOMEN.